

la despensa, en el granero, en la cocina. Estaba en todo. De repente gimieron los goznes de la puerta. Era Nona que entraba sigilosamente, andando sobre las puntas de los pies. Su madre no distinguía bien la pequeña sombra que se acercaba á la cama, y preguntó:

—¿Eres tú, hija mía?

Nona se detuvo; y con ese dulce timbre que Dios ha puesto en la voz de los niños como recuerdo de la voz de los ángeles, contestó diciendo:

—No, madre; soy yo.

María de la Paz se sentó en la cama, permaneciendo algunos instantes muda y pensativa; después pasó los extremos de los dedos por los párpados, porque sentía los ojos cuajados de lágrimas.



## CAPÍTULO VII.

### EL ALMA DE LA CASA.

**M**ABLANDO Martín Cañizares con el Cura, se explicaba de esta manera:

—Le digo á V., Padre Capellán, que hay que besar por donde ella pisa. Sí, señor; es una santa, muy capaz de contarle los pelos al diablo. Cuando muchacha era de la piel del demonio; lo mismo se encaramaba en los árboles que los gatos. Me acuerdo un día, y ya era moza, que apareció un nido de jilgueros en el peral grande del huerto de abajo, y sin encomendarse á Dios ni á Santa María, trepó á lo alto como una enredadera. Yo estaba al pie del tronco, y ella arriba.... ¿Se hace V. cargo? Me parece que la estoy viendo. Pero aquello fué ver

y no ver, porque cayó en la cuenta, y aunque yo era todo ojos, saltó furiosa del árbol, y me dejó con un palmo de narices. Y me la guardó hasta que nos casamos.

Aquí se detuvo para reirse, haciendo después con la boca el movimiento necesario para dejar entender que se chupaba mentalmente los dedos. Y es el caso, que el señor Cura también se sonreía. Pagado este tributo á aquel pícaro recuerdo, siguió diciendo:

—Pues bien: ahí la tiene V.; no duerme, ni descansa; se está matando. Desde la muerte de su madre, ¡tres años hace!, parece que le han agujereado las manos: ya la fanega de trigo, ya el celemin de harina, ya el saco de arroz; aquí el puñado de garbanzos, allá el puñado de judías. «Estas pasas para los hijos de la vecina.» «Aquellos higos para la hermana del ciego.» «¡Eh!: la gallina para la pobre enferma.» «El pedazo de jamón para la infeliz viuda.» Por aquí medio pan, por allí un pan entero.... En mi ropa es un saqueo continuo. «Eso ya no te sirve.» «Esto está ya muy viejo.» Y allá van mis pantalones, mis chalecos, mis camisas.... Un día me encuentro sin capa que ponerme. ¿Y cree V. que gastamos más de lo que gastábamos antes? No, señor; yo echo mis cuentas, y, *talán balán*, á fin de año salimos lo mismo. ¿De

dónde lo saca? Yo se lo pregunto, y ¿sabe V. lo que me contesta? Me sacude con el dedo en la punta de la nariz, y me dice: «¡Calla, tonto, que Dios da ciento por uno!»; y hay que dejarla que tire la casa por la ventana.

—Doña María de la Paz (dijo el señor Cura) es un alma buena, y la bendición de Dios la acompaña por todas partes.

—Pues oiga V. (continuó Cañizares). Con los labradores es una risa. No me gusta que se retrasen en el pago de las rentas, porque, en vez de hacerles un favor, es perderlos, y yo sigo á mi padre, que en paz descansa, al pie de la letra. Cuando el año es malo, abiertos tienen mis graneros y mi bolsillo; pero cuando la tierra responde, la formalidad es antes que todo. Yo aprieto, el labrador se resiste, ella interviene, y se trampa la cosa. Si me pongo en lo firme, entonces ella, sin que yo lo sepa, les facilita el dinero para que me paguen; después se entien de con ellos, y nunca pierde. De lo cual resulta que yo soy el tirano y ella el paño de lágrimas. Á mí, sí, señor, me quieren, me respetan; pero á ella la bendicen.

Al señor Cura no le cogía de nuevas lo que estaba oyendo, pero escuchaba complacido.

—¿Qué dirá V. (siguió diciendo Cañizares) que ha descubierto ahora? No se le escapa na-

da. Ha descubierto que mi pobrecilla *Nona* es también hija nuestra, que es humilde como una malva y buena como el pan bendito; y dice muy formalmente que no debe haber diferencia ninguna entre las dos hermanas.

—Y dice muy bien,—añadió el señor Cura.

—Por supuesto; pero á Aurora no le hace gracia el descubrimiento. Yo en esas cosas ni entro ni salgo. Si fuesen muchachos, me entendería con ellos, y andarían derechos como pinos. Han tenido la ocurrencia de ser chicas las dos, ¡qué hemos de hacerle!.... Á la madre es á la que le toca bregar con ellas. ¿No es esto, Padre Cura?

—Eso mismo, Sr. D. Martín.

—Además, yo me paso la mayor parte del año en el campo. Hace poco que vine del *Juncar Hondo*, que está al pie de la sierra, donde he plantado unos almendros que van á estar allí como en su casa, y ya la escarda me está llamando á voz en grito. Las escarchas han tenido á la simiente encerrada en la tierra; pero en cuanto el tiempo ha empezado á abonar, se han desatado los sementeros, y están que da gozo verlos.

—¿Buena cosecha, ¡eh!, Sr. Cañizares?

—Buena, Padre Cura, buena. Si Dios no envía una plaga que nos deje con la miel en los

labios, no ha de faltar pan para el invierno.—En cambio doña María de la Paz (añadió irguiendo la cabeza y ahuecando la voz) es una Pacheca que honra la casa de los Cañizares.

—Así es (dijo el señor Cura). Y me parece (añadió, mirando al cielo por los vidrios del balcón) que nuestro paseo se aguó esta tarde.

—¡Cómo! (preguntó Cañizares): ¿va á llover?

—¡Quíá! No se ve una nube por un ojo de la cara. Lo que quiero decir es que ya va el sol de capa caída, y que á esta hora salta el cierzo que viene de la sierra.

—No se ha perdido gran cosa (añadió Cañizares): casualmente cuando hace frío, en ninguna parte se está mejor que al amor de la lumbre. Media vida es la candela....

Hablando así, echó en el gran hueco de la chimenea ramas de olivo y sarmientos secos que avivaron la lumbre, y siguió diciendo:

—Ahora que nos entre el cierzo. Y no es eso todo. Tenemos en la casa (añadió en tono confidencial) un chocolate capaz de resucitar á un muerto, y toda la tarde estoy oliendo como á tortas con manteca. De seguro esta mañana han salido del horno, y estarán diciendo «comedme.» Vamos á probarlas.

En la cara redonda y apacible del señor Cura se vió claramente que le era agradable lo que

acababa de oír, y restregándose las manos y encogiéndose de hombros, se acercó á la chimenea, mientras Cañizares abría la puerta y sacaba la cabeza, haciendo resonar su voz por el largo corredor de la casa con estas palabras ;

—¡Prisca!.... ¡Gila!.... ¡Marta!....

Después fué á sentarse frente á frente del señor cura al amor de la lumbre.

Marta acudió la primera, y entró diciendo :

—Buenas tardes, señor Cura.

—¡Hola, buena Marta! ¿Cómo andan esas fuerzas?

—Padre Capellán, muy firmes; estoy hecha un roble; aquellos alifafes *volaverunt*, y no puede conmigo un terremoto.

—¡Bravo!

—Es preciso vivir, Padre Cura; porque cuando una tiene algo que hacer en el mundo, hay que decirle á la muerte que se espere....

—Eso está muy bien (dijo Cañizares), y por mi parte, te doy desde ahora licencia para que vivas hasta el día del juicio. Entre tanto, lo que importa es que le digas al ama que hay aquí dos amigos dispuestos á matar el tiempo tomando chocolate. ¡Eh! espera : chocolate con tortas de manteca.... ¡Oye! Si viene alguna rodaja del salchichón que aquí usamos, no le haremos ascos. ¡Escucha! Agua de la fuente, y ¡mira! para

el agua bizcochos blancos de los que mandan las monjas. ¡Aguarda! Al Padre Capellán le gusta el chocolate espeso.

Marta salió con paso ligero y ágil. Se le habían quitado diez años de encima lo menos desde la última vez que la vimos.

El señor Cura se arrellanó en el sillón en que estaba sentado, y cruzando las manos, dijo :

—Soy nuevo, como V. sabe, en este curato; mas, por lo que voy viendo, el pueblo debe ser rico.

—Debía serlo (añadió Cañizares); pero las sequías nos matan. Bien pudiéramos disfrutar el beneficio de aguas seguras y constantes si las obras no fuesen tan costosas : aquí no hay capitales para emprenderlas; y ¿quién se acuerda de este rincón del mundo?

—Dígame V., Sr. D. Martín (preguntó el Cura) : ¿V. no ha sido nunca alcalde?

—Ni Dios lo permita (le contestó). No se puede ser hombre de bien y alcalde al mismo tiempo.

—¡Pero, hombre! (exclamó el señor Cura.) ¿No son Vds. electores? ¿No eligen Vds. los diputados?....

—¡Eligen! (repitió Cañizares, arqueando las cejas.) No, señor; á nosotros, pobres contribuyentes, no se nos deja más elección que la del árbol en que hemos de ahorcarnos. Los gober-

nadores son bajáes de tres colas ; no quiero nada con ellos. Yo me arreglo con mis labradores muy sencillamente. Cuando llega el caso, averiguo quién es el candidato, y les digo : «Ese es un tunante,» y no lo votan ; ó les digo : «Este me parece un hombre regular,» y entonces votan. Muchas veces me veo obligado á decirles : «No lo conozco ; no sé de dónde ha salido este hombre.» Y ellos echan sus cuentas, y votan ó no, según les parece. No se puede hacer otra cosa. Nos han vuelto la espalda, y así anda el mundo.

No sé qué habría contestado el Cura que oía atentamente al Sr. Cañizares, si en aquel momento no hubiese entrado Marta, sosteniendo entre ambas manos gran bandeja de antiguo uso, sobre la que humeaban dos enormes jícaras de chocolate, blancas y resplandecientes, que formaban parte de la mejor vajilla de la casa, dos vasos anchos y hondos, rebosando de agua más trasparente que el cristal en que se hallaba contenida, un platillo con rodajas de salchichón por cuya masa apretada asomaban granos enteros de pimienta, bollos calientes amasados con manteca, ansiosos del chocolate que hervía en las jícaras, y bizcochos blancos, esponjosos, sedientos del agua contenida en los vasos. Además, traía la bandeja dos rebanadas de pan moreno

heñido aquel mismo día por las manos de María de la Paz y cocido en el horno del Parador, caldeado con haces de oloroso romero recién traído del monte, donde ya empezaba á florecer. Al entrar la bandeja se perfumó la estancia.

—Aquí (dijo Cañizares, acercando una silla á la chimenea): aquí.

Marta colocó la bandeja donde su amo le indicaba, no sin recelo de alguna catástrofe, porque el asiento de la silla no ofrecía bastante espacio para contenerla.

—Ya tenemos aquí el *gaudeamus*, Padre Cura (exclamó Cañizares). Ahora vamos á dar de él la debida cuenta.

—¡Todo sea por Dios!—añadió sencillamente el Cura, desdoblado su servilleta, mientras el autor del *gaudeamus* hacía lo mismo con la suya.

Las servilletas resplandecían de puro blancas, *olían á limpio* y eran grandes como manteles. Estaban hechas de lino cogido en los bancales del Juncar, hilado en la casa y curado al sol y al sereno, tejido á conciencia, formando esa labor menuda que llaman allí *granillo de trigo*; dos listas azules marcaban en los extremos la anchura de la urdimbre, y en los ángulos contrapuestos había pequeñas iniciales bordadas al traspaso con hilo encarnado: en uno se leía M. C., y en el otro M. P.: Martín Cañizares y María Pacheco eran

inseparables; sus nombres andaban juntos por todas partes. El doble escudo de la casa estampado sobre aquella tela un poco brusca, pero limpia y sana, habría hecho muy buen efecto; pero ¡qué diablo!, no les había ocurrido semejante cosa.

Los dos amigos empezaron á matar el tiempo tendiendo sobre las rodillas sus respectivas é inmensas servilletas.

—Muy mal andan las cosas,—dijo el señor Cura, hundiendo un bollo en las profundidades de la jícara.

—Muy mal andan,—añadió Cañizares, sepultando en su boca otro bollo entero bien calado de chocolate.

Marta, de pie, gallardamente plantada, con los brazos cruzados y á cierta respetuosa distancia, seguía atentamente los movimientos de las manos, que saliendo de las jícaras iban siempre á parar á las bocas. Mataban el tiempo, ¡cosa bien singular!, haciendo por la vida.

En esto apareció en la puerta que Marta se había dejado abierta el risueño semblante de *Nona*.

—¡Hola! (exclamó el señor Cura viéndola.) Muy bien venida. Entra, hija mía, entra.

*Nona* entró, dirigiéndose al Cura, á la vez que éste decía :

—Ahí tiene V. : las moscas acuden á la miel y los niños á las tortas de manteca.

Y cogiendo un bollo de la bandeja, se lo dió á *Nona*, que al tomarlo le besó la mano, y él le dijo :

—Dios te haga una santa.

Á la vez apareció en la puerta María de la Paz, y con ella Aurora; pero Aurora, en la que los primeros indicios de la mujer empezaban á contornear las formas de la niña. Aurora impaciente, todavía crisálida, que, ansiosa de volar, no sé por qué jardines imaginarios, hace tentativas por convertirse en mariposa; movimiento misterioso en el que la naturaleza, anticipándose á la edad, anuncia la llegada de la juventud antes de haber terminado la infancia. Pudiéramos decir : el boceto que quiere ser cuadro ; el botón que pretende ser rosa. Y, no hay por qué ocultarlo, esta transformación tímida, indecisa, pudorosa, comenzaba á insinuarse por medio de las más bellas indicaciones. Nunca el nombre de Aurora le había caído más propiamente, pues era, en efecto, el primer resplandor de la mañana que amanece, ó, lo que viene á ser lo mismo, la mujer clareando entre las últimas sombras de la inocencia; Eva un momento antes de consumarse la perdición del género humano.

En cuanto el Cura vió á la Pacheca asomar

por la puerta de la habitación, intentó ponerse de pie para recibirla dignamente; pero el plato que tenía en una mano, el bollo que tenía en la otra, la jícara que estaba sobre el plato, y la servilleta que cubría sus rodillas, embarazaban de tal modo sus movimientos, que no acertaba á levantarse. Notando Cañizares la dificultad en que se veía, lo detuvo, diciéndole:

—Quieto, señor Cura, quieto. Doña María de la Paz no ha sido nunca en esta casa persona de cumplimiento.

—Ya se ve que no (añadió María de la Paz, con la boca llena de risa). El señor Cura sabe que está en su casa, y que aquí se le recibe siempre con los brazos abiertos.

—Ahora, Padre Capellán (dijo Cañizares), corresponda V. á ese agasajo del ama de la casa poniendo las tortas en las nubes.

—¡Oh!....—exclamó el Padre Cura levantando los ojos al cielo. Quería decir: «¡De aquí á la gloria!»

Aún podía recoger la satisfacción de María de la Paz un testimonio no menos fehaciente, que consistía en que el plato en que habían ido las tortas estaba vacío.

—¡Vaya! (dijo con ingenua alegría): creí que se me había ido la mano en la manteca; pero, gracias á Dios, han salido buenas.

Hasta entonces el señor Cura no había reparado en Aurora; mas de pronto fijó en ella sus miradas apacibles con ingenuo asombro.

—¡Ah! (exclamó.) ¡Qué alta está! Á esta niña se la ve crecer. ¡Y es hermosa como un lucero!

Sostuvo Aurora con terca firmeza la mirada benévola del señor Cura, y como si fuese inaccesible hasta á las alabanzas, permaneció muda, seria é inmóvil como una estatua que se contempla á sí misma. Sus pequeños pies se apoyaban graciosamente sobre el suelo como los del resto de los mortales, y, sin embargo, debía creerse elevada sobre no sé qué pedestal, desde donde todo lo miraba por encima del hombro.

Nona se acercó á su hermana ofreciéndole el bollo que le había dado el señor Cura y que conservaba entero. Aurora lo rechazó bruscamente, y el bollo, desprendido de las manos de Nona, rodó por el suelo, mientras ella decía: «No lo quiero.»

—¡Hola! (exclamó Cañizares con acento enojado.) ¿Qué es esto?

Nona se encogió de hombros, como si hubiese querido esconderse en el centro de la tierra, á la vez que Aurora se irguió como si pretendiera hacer frente á las palabras de su padre. Éste, más asombrado que colérico, añadió:

—¡Coja V. ese bollo que ha hecho caer de las manos de su hermana!

Aurora permaneció inmóvil, y Nona se apresuró á coger el bollo que había caído á sus pies. Cañizares paseó por la habitación la mirada atónita; la expresión airada de sus facciones indicaba que apenas podía contener el enojo. Nunca María de la Paz había visto aquella cara en su marido.

—¡Calla! (le dijo éste.) No hables; no la defiendas. Si un Cañizares se hubiera atrevido á desobedecer á su padre, no habría tardado el cielo en hundirse y aplastarlo. ¡Ahí tienes los mimos de la abuela!

—¡Por Dios, Martín! (exclamó María de la Paz.) ¡No digas eso!

Martín se puso de pie, y se dirigió á su hija, diciéndole:

—¡De rodillas!

Un ligero temblor invadió el cuerpo de Aurora; pero permaneció sin moverse. María de la Paz se acercó á su hija como para protegerla; el señor Cura presenciaba la escena con la boca abierta; Marta hacía expresivos visajes en que nadie reparaba, y Nona miraba á su padre con ojos despavoridos reventando de lágrimas. Hubo un momento de silencio, de inmovilidad y de angustia: el momento de la tempestad en que parece que va á estallar el rayo.

No hay fuerza semejante á la de la debilidad. Toda la energía del padre se estrellaba ante la resistencia de la hija. Nada más fácil que hacer doblar aquellas rodillas rebeldes bajo el peso de la fuerza bruta; pero es innoble poner las manos sobre los seres débiles; además, no habría sido la obediencia, sino la violencia. Cañizares hubiera querido tener delante un león sobre que arrojarle, y se encontraba ante la voluntad de una niña, y no podía aplastarla.

—Llevala de aquí (dijo con acento imperioso). Que no vuelva á ponerse en mi presencia. Los hijos desobedientes no tienen padres. No volverá á ver la sonrisa en mis labios. ¡Fuera! (gritó.) ¡Fuera pronto!

Su cólera buscaba alguna contradicción; pero no la obtuvo; porque María de la Paz empujó á su hija hacia la puerta, y salió de allí con las manos cruzadas y el semblante desolado.

—Un convento, señor Cura; un convento,—murmuraba Cañizares.

Marta, con la mano en el pecho sujetando el relicario que llevaba al cuello, hacía con la cabeza signos afirmativos.

Era la primera tempestad que nublaba el cielo de aquella casa.

